

“El Señor os haga crecer y abundar en amor” (1 Ts. 3:12)

Sal. 25:1-10; Jer. 33:14-16; 1 Ts. 3:9-13; Lc. 21:25-36

Hohenau,
Cap. Miranda,
Jesús.

¿Ya se imaginaron ustedes, casarse con una persona, por ejemplo, con un soldado, con un militar, y de repente, a las pocas semanas, su flamante esposo debe partir a luchar en la guerra? ¿Cuándo volverá? ¿Cuándo podré disfrutar nuevamente de su compañía? El deseo vivo de volver a verlo, el placer de su dulce compañía, se torna una larga espera. El cariño y el amor se fortalecen con esta prueba. Porque es un amor auténtico, es un amor verdadero.

Así se sentía el apóstol Pablo con respecto a los cristianos de la ciudad griega de Tesalónica. Él había llegado a esa ciudad, y como fruto de la predicación en la sinagoga, muchos gentiles oyeron el evangelio de Cristo, y fueron convertidos a la fe. Pero de repente, una persecución contra Pablo, hizo que este debiera huir hacia el sur, hacia Atenas, dejando a la joven y recién formada congregación de Tesalónica, con una enseñanza en la doctrina que se encontraba por la mitad. No había terminado el apóstol de darles la instrucción básica en la fe cristiana, cuando la persecución de los judíos contra él, hicieron que debiera escapar hacia Atenas, al sur de Grecia.

Y ahora, preocupado por la situación espiritual de estos queridos hermanos en la fe, Pablo en Atenas finalmente se encuentra con sus colaboradores Silas y Timoteo. Pablo envía a Timoteo desde Atenas (1 Ts. 3:1-5) para ver cómo andan los hermanos cristianos de Tesalónica, mientras él viaja un poco más al sur, a la ciudad de Corinto. Y será allí, en esa ciudad, en el año 51 dC., que Pablo, Timoteo y Silas se encontrarán (Hch. 18:1-5), y anunciarán el evangelio en esa ciudad, fundando así la iglesia de Corinto. Y en Corinto, Pablo vivirá por espacio de un año y medio. En ese tiempo, es cuando el apóstol escribirá la primera y la segunda carta a los cristianos de Tesalónica, manteniendo una comunicación por carta, siendo Silas y Timoteo los mensajeros que irán y vendrán con noticias (Hch. 18:11).

Y las noticias que recibe Pablo de los cristianos de Tesalónica son muy alentadoras. Esta joven y recién formada congregación, se había mantenido en pie, junto a su pastor, a pesar de la seria persecución de parte de los judíos, celosos de que el Señor Jesús sea el Señor de todos, y el Mesías prometido, no solamente a ellos los judíos, sino también el Salvador de los gentiles, es decir, de los pueblos no judíos.

La alegría de Pablo es muy grande. Como un esposo en medio de la guerra, toma un descanso para escribir a su joven esposa, para alentarle, para animarle, para consolarle en medio de la soledad y la aflicción, así también Pablo le escribe a esta joven y valiente congregación. Felicita y anima la fe de ellos, que a pesar de lo duro de la prueba, que a pesar de no haber podido estar más tiempo con ellos, sin embargo, estos cristianos realmente habían tomado las palabras de Pablo como lo que son en realidad, la Palabra de Dios (1 Ts. 2:13). Pablo agradece a los cristianos de Tesalónica por la confianza, por la entrega, por el amor a Cristo que ellos demostraban, y les anima a seguir adelante, a pesar de las dificultades, a pesar de la oposición. Les anima a seguir creciendo en la fe y el amor: “El Señor os haga crecer y abundar en amor” (1 Ts. 3:12).

En el pasaje bíblico de hoy, Pablo da gracias a Dios por esta congregación cristiana. Una acción de gracias que brota de labios sinceros. Porque Pablo reconoce que todo esto, no es fruto de sus manos, sino que es fruto del evangelio del Señor Jesús. Es el evangelio de Cristo el que sostuvo, sostiene y seguirá sosteniendo a esta congregación cristiana, en esta región del mundo, a pesar de la persecución. Porque la iglesia, reconoce Pablo, no es una invención humana. La iglesia es el pueblo de Dios, son los santos llamados por el Espíritu Santo a través del puro evangelio de Cristo.

Pablo está tan feliz, tan agradecido a Dios por los cristianos de Tesalónica, que les dice francamente que no encuentra palabras para agradecer a Dios por ellos. Él dice: “Por lo cual, ¿qué acción de gracias podremos dar a Dios por vosotros, por todo el gozo con que nos gozamos

a causa de vosotros delante de nuestro Dios?” (1 Ts. 3:9). ¡Cuándo amor, cuánta felicidad cuando los hermanos están unidos en la fe y el amor de Dios!

Pero también, eso puede convertirse en motivo de tristeza y preocupación, cuando falta la fe y el amor entre los hermanos en la fe! “25 Por lo cual, desechando la mentira, hablad verdad cada uno con su prójimo; porque somos miembros los unos de los otros. 26 Airaos, pero no pequéis; no se ponga el sol sobre vuestro enojo, 27 ni deis lugar al diablo. 28 El que hurtaba, no hurte más, sino trabaje, haciendo con sus manos lo que es bueno, para que tenga qué compartir con el que padece necesidad. 29 Ninguna palabra corrompida salga de vuestra boca, sino la que sea buena para la necesaria edificación, a fin de dar gracia a los oyentes. 30 Y no contristéis al Espíritu Santo de Dios, con el cual fuisteis sellados para el día de la redención. 31 Quitense de vosotros toda amargura, enojo, ira, gritería y maledicencia, y toda malicia. 32 Antes sed benignos unos con otros, misericordiosos, perdonándoos unos a otros, como Dios también os perdonó a vosotros en Cristo” (Ef. 4:25-32). Y como dice nuestro Señor Jesucristo también en el evangelio: “Mirad también por vosotros mismos, que vuestros corazones no se carguen de glotonería y embriaguez y de los afanes de esta vida, y venga de repente sobre vosotros aquel día” (Lc. 21:34). Por eso, que “el Señor os haga crecer y abundar en amor” (1 Ts. 3:12).

A continuación, Pablo habla de algo que él hace por ellos. Algo que él puede hacer, cuando nada más se puede hacer, además de escribir cartas. Dice: “Orando de noche y de día con gran insistencia, para que veamos vuestro rostro, y completemos lo que falte a vuestra fe” (1 Ts. 3:10). Pablo sabe perfectamente que la firmeza en la fe es un fruto de la Palabra correctamente predicada y enseñada. Por lo tanto, él tiene miedo que estos cristianos sean engañados por satanás a prestar oídos a falsa doctrina, falsa enseñanza que pueda ahogar la fe que él plantó mediante el evangelio. Por eso Pablo ora día y noche para que no caigan de la fe, para que no sean engañados por satanás, para que no recaigan otra vez en las costumbres paganas; ora para que no caigan en la inmoralidad sexual, en el odio y la venganza, en la cobardía de negar a Cristo, el Señor que los rescató mediante la cruz. Él desea verlos personalmente para enseñarles y completar la instrucción básica en la fe. Pero como no puede ir hasta ellos, por eso les escribe las doctrinas que ellos necesitan aprender para seguir más firmes en la fe de lo que ya están. Todavía necesitan aprender muchas cosas. Parece como si Pablo estuviera hablando a una congregación “adolescente”. Porque todavía tenían dudas acerca de la resurrección de los muertos (1 Ts. 4:13-18); otros esperaban con impaciencia la segunda venida del Señor, o bien ya se estaban enfriando con respecto al amor a Dios y al prójimo (1 Ts. 5:12-22); algunos se negaban a trabajar, resultando una carga para sus hermanos (1 Ts. 4:9-12); y otros no estaban viviendo de una manera santa, sino impura y dando un mal ejemplo (1 Ts. 4:1-8; 5:1-11).

Es por eso que Pablo incluye una oración, un ruego por esta amada y estimada congregación cristiana, como un esposo ora por su esposa cuando está lejos del hogar, para que la fidelidad y el amor permanezca y crezca. Él dice: “El Señor os haga crecer y abundar en amor” (1 Ts. 3:12). Pablo les está recordando que “nosotros le amamos a él [Cristo], porque él nos amó primero (1Jn 4:19); que “el que ama a Dios, ame también a su hermano” (1Jn 4:21); que “nosotros, siendo muchos, somos un cuerpo en Cristo, y todos miembros los unos de los otros” (Ro. 12:5); y que por eso “seáis sinceros e irreprochables para el día de Cristo” (Flp. 1:10), o sea, que vivan de una manera justa y digna delante de Dios (Lc. 1:6; 1 Ts. 2:12). El “amor unos para con otros” en el cual el Señor mismo nos hace crecer, a través del sacramento de la santa comunión, o santa cena, llamado también eucaristía, que significa “acción de gracias”. Porque es aquí, en este sacramento, donde Cristo nos nutre con su amor y perdón, inmerecido, pero dado por gracia a los pecadores, que se acerca a recibirlo con gratitud. En este sacramento Jesús se revela con su amor y misericordia. El Sacramento de la Santa Cena será “usado hasta el fin del mundo con la mayor reverencia y humildad [1] como memoria perpetua de su amarga pasión y muerte y de todos sus beneficios, [2] como sello y confirmación del Nuevo Pacto, [3] como consuelo para todo corazón atribulado [es decir, perseguido, que sufre alguna cruz], y [4] como unión firme de los cristianos con Cristo, su Cabeza, y de los unos con los otros; al ordenar e instituir Él la Santa Cena [“Tomad, comed: Esto es mi Cuerpo que *por vosotros* es dado... Esto es mi sangre del

Nuevo Pacto, que *por vosotros* es derramada para remisión de los pecados”]. El amor de Jesús es tan abundante, tan precioso, tan milagroso, que cura, sana, rescata y salva del pecado, del diablo y de la muerte eterna. Este amor de Jesús es tan precioso y sin mancha, tan inocente, santo y celestial, que nos hace santos por completo, y que nos resucitará en el día final, para participar de todos los santos de la gracia de la vida eterna. Y hoy día es solamente este Cristo por nosotros, con nosotros, y en nosotros, a través de su santo evangelio, y sus santos sacramento, quien nos hace crecer en amor unos con otros, en la medida que nosotros mismos nos mantenemos unidos a Él, no rechazando su santa Palabra, ni dejando de participar de su cuerpo y sangre. “El Señor os haga crecer y abundar en amor” (1 Ts. 3:12) mediante la Santa Cena.

Finalmente, el esposo, después de cuatro años, regresó de la guerra. Pudo volver a casa y reencontrarse con su joven esposa. Ella lo había esperado con grandes ansias. Así también el apóstol Pablo, luego de cuatro años, aproximadamente entre el año 55 o 56 dC., tuvo la oportunidad de volver a encontrarse con los cristianos de Tesalónica. Era su tercer viaje misionero. Las cosas no habían sucedido conforme a sus planes, pero sí conforme a los planes de Dios. Pablo pudo saludar a los hermanos de Tesalónica en su gira por Macedonia y Grecia. Después de tres meses, partió rumbo a Jerusalén, llevando una ofrenda para los cristianos pobres de esa región (Hch. 20:1b, 2-5). Lo acompañaron en ese viaje dos representantes de la congregación de Tesalónica, llamados Aristarco y Segundo (Hch. 20:4).

A pesar de los contratiempos y la distancia, la amistad de Pablo con esta congregación se mantuvo a lo largo del tiempo. Hacia el final de la vida de Pablo, cuando es llevado preso en barco desde Palestina hasta Roma, Aristarco le acompaña (Hch. 27:2). Cuando estaba en preso en Roma, vemos que Aristarco, sigue acompañando aun en la cárcel Pablo, por lo que Pablo lo llama “mi compañero de prisiones” (Col. 4:10). Así como Pablo había cuidado espiritualmente de los cristianos de Tesalónica, por medio de Timoteo y Silas, ahora también la iglesia de Tesalónica cuidaba de Pablo, por medio de este diácono, llamado Aristarco. Del mismo modo, hoy día Cristo cuida de ti, y está junto a ti por la Palabra, por el Bautismo, por la Santa Cena, por tu pastor, por los hermanos en la fe, por los padres cristianos. Cristo no te abandona. Cristo logra y hace crecer el amor en ti. No lo olvides. Este es el primer fruto del Espíritu Santo. “El fruto del Espíritu es amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza” (Gl. 5:22). Que en este tiempo de Adviento donde nos preparamos para celebrar la venida de Jesús al mundo, el Amor encarnado, el Señor Espíritu Santo por su santa Palabra “**os haga crecer y abundar en amor**”. Amén.